

## CONGRESO EUCARÍSTICO EN MÉXICO MISA DE PRIMERA COMUNIÓN

*Basílica de N. S. de Guadalupe, México, 5 de mayo del 2000*

Queridos niños y niñas, reunidos hoy en tan gran número, para decirle a Jesús cuánto ustedes lo aman.

En esta mañana, ustedes le dan una gran alegría a Jesús. Él quiere a los niños. Cuando las personas mayores se acercaban a Jesús para oír sus palabras, él siempre distinguía en medio de los adultos a los niños, y los saludaba, poniéndoles la mano sobre la cabeza en gesto de cariño.

Los niños son siempre alegres y juguetones. Es normal que sean así. A veces, los mayores quisieran que los pequeños fueran como ellos: más tranquilos, más silenciosos. Por eso, en una ocasión en que Jesús estaba hablando con personas mayores y empezaron a acercarse los niños, comenzaron los del grupo de los adultos a regañarlos.

Fue en ese momento cuando Jesús dijo una frase que todos ustedes conocen: «Dejen que los niños se acerquen a mí». Y tomó a uno de esos niños, lo puso en medio de la gente y dijo: «si ustedes no vuelven a ser como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos».

Varias lecciones podemos sacar del modo de tratar Jesús a los niños:

Primero: como Jesús es bondadoso y simpático, mira a los niños y los saluda con gestos de afecto, *los niños no le tienen miedo a Jesús*, les agrada estar con Él.

Segundo: los niños *buscan* a Jesús, lo quieren ver. Aunque él esté hablando a personas mayores, ellos llegan hasta donde se encuentra, porque saben que Jesús siempre los va a recibir.

Tercero: Jesús *pone a los niños como ejemplo* a las personas mayores, porque los niños, si tienen algún problema con otro, se reconcilian pronto, no guardan rencor en su corazón, y se hacen enseguida amigos de otros niños. En cierto modo nosotros, las personas mayores, tenemos que ser un poco niños. Si fuéramos así no habría guerras, ni robos, ni odio en el mundo y llegaría a todos el Reino de Dios.

Es importante, queridos niños y niñas, que ustedes comprendan cuánto la Iglesia los quiere. El Papa, los obispos, los sacerdotes, los hermanos, las hermanas, los maestros, los catequistas, todos los llevan en sus corazones, porque ellos quieren ser como Jesús, que atiende con amor a los niños. Esa es la razón de que haya una misa especial para ustedes en este gran Congreso Eucarístico Nacional de México. No podían faltar los niños aquí, a los pies de nuestra Madre, la Virgen de Guadalupe, para decirle con ella a Jesús cuánto lo queremos.

Lo que está celebrando en estos días con tanto fervor el pueblo católico de México es la dicha de saber que, en la Santa Eucaristía, Jesús cumple su promesa de estar con nosotros siempre. Así lo había prometido Él a los apóstoles, aquel grupo de doce amigos que fue formando Jesús con hombres del pueblo.

Ellos acompañaron al Señor durante todo el tiempo que Jesús recorría su país, enseñando que debemos amarnos unos a otros, curando a los enfermos, dando vista a los ciegos y anunciando a todos que el Reino de Dios había venido a nosotros. Para eso había enviado Dios Padre a su hijo, para compartir nuestra vida y enseñarnos la verdad.

Jesús nació pobre en una gruta cerca del pueblecito de Belén. Y se crió en otro pueblo pequeño llamado Nazaret. Fue niño como ustedes, como lo hemos sido todos nosotros. Jugó y tuvo muchos amigos en su pueblo de Nazaret. Por eso, cuando fue hombre y comenzó la misión que Dios Padre le había confiado, buscó un grupo de amigos que lo acompañaba a todas partes. Si uno aprende a tener amigos desde pequeño, los tendrá siempre y no andará solo, sino con buenas compañías. Como los amigos siempre están presentes en la vida de Jesús, él les confía a ellos sus más grandes secretos. Les dijo:

— Es Dios Padre el que me ha enviado, quien me ha visto a mí ha visto al Padre. El Padre y yo somos uno.

— Y también les dijo: al que crea en mí se le hará en su corazón una fuente de agua viva que salta hasta la eternidad.

— Y en otro momento: yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.

Gracias a esos amigos de Jesús, que escribieron los Santos Evangelios, nosotros tenemos la alegría de conocer a Jesús y de saber que, viéndolo a Él, vemos a Dios Padre; que Jesús es Dios con nosotros y nos da vida abundante que se convierte en nuestro corazón como en una fuente de agua fresca.

Nosotros somos hoy los amigos de Jesús. Él quiere ser amigo de ustedes y que ustedes lo sean de Él para toda la vida. Una sola condición les pone para compartir con ustedes su amistad, y nos la dice de este modo: «ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les digo». Y ¿qué nos dice Jesús? Lo podemos resumir todo en este hermoso consejo: «Amen a Dios sobre todas las cosas y amen a su prójimo como a sí mismos». Jesús dice en su Santo Evangelio que en ese mandato está incluido todo lo que la Biblia nos enseña. Esto quiere decir que, para ser amigo de Jesús, hay que amar a Dios y querer también a los demás. Sin embargo, agregó nuestro maestro y Señor: «pero, si ustedes quieren solamente a los que los quieren, eso no tiene ningún mérito, pues cualquiera lo hace. Ustedes amen a sus enemigos, recen por quienes los persiguen o se portan mal con ustedes».

Para ser amigo de Jesús debemos amar a todo el mundo como Jesús, que ama a toda la humanidad: a los buenos y a los malos. Quiere a los buenos con mucha alegría porque son buenos, pero quiere también a los malos para que se hagan buenos. El programa de vida que nos propone Jesús es sencillo: ser amigos de todos, pero es al mismo tiempo difícil, pues vemos cuánta gente odia a sus semejantes, hacen el mal, roban, matan, dañan a los otros o a la sociedad.

Para poder ser amigos de todos y cumplir el programa que Jesús nos propone de amar a Dios y al prójimo, es decir, para ser buenos, tenemos que mantenernos muy unidos a nuestro amigo y salvador Jesucristo. Si no recibimos la ayuda de Cristo Jesús, no somos capaces de hacer siempre el bien, porque hay muchas tentaciones, y la maldad está siempre presente a nuestro alrededor en este mundo. Por eso tenemos que ir a donde está Jesús y escuchar sus palabras.

Como en toda celebración de la misa, hoy hemos escuchado a Jesús que nos habla en el Santo Evangelio. Mucha gente había seguido al Señor hasta un campo muy bonito junto a un lago. Él se puso a enseñarles y a ellos se les fue pasando el tiempo, se hizo tarde y por allí no había donde comer nada. Jesús se da cuenta de que todo ese pueblo está débil, necesita alimentarse, porque han caminado mucho, haciendo un esfuerzo grande y deben continuar su camino. Entonces Jesús tomó los cinco panes y los dos peces que tenía un muchacho e hizo el milagro de repartirlos a aquella multitud. Todos se llenaron y sobraron doce cestos.

Ustedes son hoy esa multitud que ha venido siguiendo a Jesús para escucharlo y estar con él. Ustedes saben bien que Jesús es su amigo y les pide que sean siempre buenos, aun con aquellos

que se portan mal. Él no quiere que ninguno de ustedes se aparte nunca del camino que nos ha señalado. Pero Jesús sabe también lo difícil que es ser un buen discípulo suyo. A ustedes les pasa como a aquel pueblo que lo siguió hasta el campo. Se sienten débiles en algunos momentos para seguir el camino del bien y del amor que Cristo Jesús nos indica. No es debilidad en el cuerpo, como el cansancio de aquella gente a quien el Señor alimentó, sino en lo hondo de nuestro ser, en nuestros corazones. Por eso, como en la misa de cada domingo, Jesús va a multiplicar el pan para ustedes, para fortalecerlos y llenarlos de ánimo.

No será un pan como aquel que él repartió a la multitud o como cualquier otro pan que comemos para alimentar nuestro cuerpo; será el pan de la Eucaristía, el pan vivo bajado del cielo, en el cual está presente el mismo Jesucristo nuestro Señor. De modo que Jesús es un amigo que nos acompaña siempre en nuestros esfuerzos por ser mejores. Y nunca nos deja solos. Él mismo viene a nuestros corazones y nos colma de vida.

San Pablo nos dice en la primera lectura de hoy que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Jesús es nuestro amigo que se queda con nosotros para siempre. Él nos invita a su mesa y nos da su cuerpo y su sangre, alimento que nos fortalece para continuar el camino.

En esta celebración, él vendrá a los corazones de muchos niños y niñas por primera vez, pero vendrá también a los corazones de tantos que han venido a decirle que lo aman. A todos, especialmente a los que lo reciben por vez primera en la Santa Comunión, les pido que, a pesar del gran número de niños y niñas, de los deseos que ustedes tienen de guardar una foto de este día tan grande, no se distraigan con nada. En este gran Congreso Eucarístico de México, el homenaje que Jesús recibe con más agrado es la comunión de los niños. Hoy Él repite a los fotógrafos, a las familias, a los amigos: después habrá tiempo para todo, ahora «dejen que los niños vengan a mí».

Queridos niños y niñas: cuando reciban el cuerpo de Cristo compartan con Jesús en silencio, dándole gracias de corazón por tenerlo tan dentro de ustedes. Hablen en esos momentos con Él, pídanle mucho por sus mamás, por sus papás, por sus maestros, por sus catequistas. Díganle a Jesús de todo corazón que quieren ser buenos y pídanle que les ayude a vivir siempre como amigos de Él.

Estamos ahora empezando el siglo XXI. Es necesario cambiar nuestro mundo para que se acaben el hambre, las guerras y tantas cosas malas que podrían evitarse. Ustedes, los niños que están aquí, serán los que puedan transformar a México para que la justicia, la verdad y el amor lleguen a todos sus hermanos, de modo que puedan vivir con la dignidad propia de los hijos de Dios.

Solo se cambia el mundo si las personas que viven en él son buenas y hay que aprender a vivir amando y haciendo el bien desde pequeños. Es esta la riqueza que la Iglesia brinda a todos, pero especialmente a los más jóvenes en la sociedad. Al mundo solo puede salvarlo Jesucristo, Él es también el alimento para la vida nueva que el mundo necesita. Ustedes van a recibir ese alimento de vida hoy. Recíbanlo cada domingo, recíbanlo siempre, Él no los dejará solos, Jesús estará con ustedes siempre, hasta el fin del mundo.